

Así lo retrató Stefan Zweig

Las paradojas del señor Fouché



Muchos seres humanos tienen sus paradojas, a veces inconcebibles. Ese es el caso, por ejemplo, del francés Joseph Fouché, considerado como el padre del espionaje político moderno, y que ha pasado a la historia como un “amoral y maquiavélico perfecto” por su refinada astucia en cambiar de un bando a otro.

Joseph Fouché, un antiguo seminarista, se introdujo en la política mediante el alud que constituyó la Revolución Francesa a finales del siglo XVIII. Votó a favor de la ejecución del rey Luis XVI y, posteriormente, se distinguió por su brutalidad en la represión de los opositores en Lyon.

Cuando Napoleón Bonaparte se hizo dueño del poder, mediante el golpe de Estado de noviembre de 1799, Fouché tomó partido de inmediato por el vencedor, a quien sirvió como eficaz ministro de Policía, tan eficaz que llegó a conocer al dedillo las interioridades del poderoso emperador de Francia.

Tras la definitiva derrota de este en Waterloo y la restauración de la monarquía, Fouché optó entonces por ofrecer sus servicios a los nuevos triunfadores. De esa manera, el rey Luis XVIII lo ratificó en el cargo de ministro de Policía.

Sin embargo, los ultramonárquicos no le perdonaron su pasado tortuoso (especialmente su condición de regicida) y así tuvo que dimitir y poco después pasar al destierro del cual nunca retornó. El finado Stefan Zweig, uno de los notables biógrafos del pasado siglo, escribió también acerca de

Joseph Fouché. No le pasó por alto su genio tenebroso, pero tampoco silenció la valoración objetiva.

Para el famoso biógrafo austríaco (Ver *Fouché, retrato de un político*. Editorial Cultura. Santiago de Chile, 1934), el intrigante ministro de Policía era un hombre que no ingería bebidas alcohólicas, no fumaba, no jugaba y no gastaba dinero ni en mujeres ni en ostentaciones. Incluso, lo califica de buen esposo y de buen padre.

Llama la atención, asimismo, cómo Stefan Zweig describe el último período de la vida de Fouché. Resulta que este -abandonado por casi todos y despreciado por muchos- va a parar finalmente a la ciudad de Trieste donde decide acudir puntualmente a misa a pesar de que, en los años turbulentos de la Revolución Francesa, él se caracterizó por ser un iconoclasta destructor de altares y perseguidor de cristianos.

“El que un cuarto de siglo antes -precisa Stefan Zweig en su mencionada obra-, destrozaba con su propia mano los crucifijos en los altares, se arrodilla ahora, humillada la cabeza blanca, ante los *emblemas ridículos de la superstición*”, como entonces les decía.

“Embusteros infames” denominó igualmente Fouché -en sus días de jacobino desenfrenado y oportunista- a los sacerdotes. Pero cuando la muerte le toca a la puerta, en la Navidad de 1820, entonces acude a un clérigo y “recibe, las manos devotamente cruzadas, los santos sacramentos”.

Quizá se quiso marchar de su “mundanal ruido” en paz con Dios.